

habitantes de aquellos países á la danza y á la música.

Estos dos espectáculos ó diversiones constituían los principales rasgos de su religion, y pensó el almirante que ofreciéndoles una muestra más esplendorosa de aquel espectáculo, lograría que se acercasen más al buque, y hasta que subiesen á bordo.

Dispuso que los músicos que llevaba consigo subiesen sobre cubierta y ejecutasen algunas piezas de música, mientras que un marinero andaluz cantaba y algunos otros danzaban en torno suyo.

Apenas llegaron á oído de los indios los acordes de la música, el acento del canto, vieron los movimientos y contorsiones que hacían los bailarines, tomando aquellos cantos y aquella danza por hostilidades, levantaron los escudos, empuñaron los arcos, y no tardó en caer, á poca distancia de la carabela, una lluvia de flechas.

El sainete estuvo á punto de convertirse en tragedia.

No convenia aparecer tímidos á los ojos de los indios, y dispuso Colon que dos balleteros contestasen á las flechas con sus ballestas, y no tardaron en obligar á huir á los indios, los cuales, al llegar á la playa, corrieron á refugiarse en los bosques, dando fin de este modo á aquellas escena completamente dramática.

Sabia por experiencia que los indios eran muy curiosos, y que se acercaban con facilidad á los buques.

Capítulo LIII.

Descubrimiento del Golfo de Parías.

No había pasado media hora desde la escena que acabo de referir, cuando una nueva canoa, en la que sólo iban cuatro ó cinco hombres de los que poco antes habían huido, se acercó majestuosamente hasta una de las carabelas, y el que hacia de jefe habló con el piloto.

No pudieron entenderse; pero obedeciendo las órdenes que había dado Colon, les hizo el marino varios regalos, que les pusieron muy contentos, dando á entender con su fiscomia la gratitud que experimentaban por aquel agasajo.

El piloto quiso apoderarse á toda costa de aquellos indios para conducirlos á bordo del buque de Colon y realizar su deseo de interrogar á los habitantes de aquel país; y al efecto apenas fué invitado por los indios á saltar en tierra, manifestó acceder á sus deseos.

Pidió licencia al almirante para ir á tierra en el bote, y al ver los indios desde la playa que no iba en pequeñas embarcaciones el marinero con quien habian hablado, y que aquel se dirigia á otro de los buques, recelaron una emboscada y corrieron á ocultarse en las selvas.

Todos estos eran indicios de civilizacion.

Su carácter receloso hizo entrar en deseos, no sólo al almirante, sino á los que iban con él de visitar el país y conocer á sus habitantes.

En Colon produjeron gran curiosidad.

Creia el navegante hallarse en el sétimo grado de latitud, y con este motivo no dudaba que los habitantes de aquellas comarcas serian muy semejantes á los de las posesiones de Africa conquistadas por los portugueses, ó lo que es lo mismo, achaparrados, negros y con cabello crespo y lanudo.

Pero se equivocaba.

No era el sétimo grado de la latitud, sino el décimo en el que se hallaban, y los habitantes que hasta entonces habia visto eran esbeltos, tenian cabello largo y el color de su cutis era mucho más blanco.

Asimismo se habia equivocado suponiendo que el clima seria en extremo caluroso.

Por el contrario, era apacible, y los marineros gozaban respirando aquel aire puro y embalsamado, y recreando sus ojos en aquellos paisajes pintorescos.

—¿Qué hacemos, almirante?—dijeron los pilotos á su jefe.

—Buscar un buen anclaje en la Punta del Arenal, y explorar el terreno.

Los marineros querian desembarcar y refrescarse un poco en los bosques cercanos.

—Que vayan enhorabuena,—dijo Colon, dispuesto siempre á defenderse, pero nunca á atacar.

Con inmensa alegría supieron los tripulantes esta concesion de su jefe.

Desembarcando en tierra, buscaron con avidez agua, y no la hallaron.

Pero haciendo hoyos en la arena, no tardaron en hallar el agua suficiente para llenar las pipas.

Colon, que no perdía un solo instante de vista la seguridad de su navío, vió mientras tanto que el punto que habia escogido para anclar era peligroso.

Desde Levante pasaba una corriente rápida por el estrecho que formaba la Trinidad y la tierra firme.

La corriente se estrechaba y hervia con estruendo entre la Punta del Arenal y la que él creia tierra firme.

Por un momento creyó que aquella corriente hallaba en su camino bancos y rocas, y si así era, las embarcaciones estaban en peligro en cuanto el viento las empujase hácia aquellos escollos.

En su afán de dar nombre á todos los parajes que descubria, dió á aquel estrecho el nombre de Boca de la Sierpe.

Difícil era la situacion en que se hallaban.

Las corrientes estorbaban su vuelta, le impedian el paso por un lado, en tanto que por el otro las ro-

cas, que se rompian al ímpetu del agua, amenazaban destruir los cascos de las embarcaciones.

A esta pesadumbre unia los dolores de su enfermedad.

En la noche del día en que habia visto las dos canoas de que ya he hecho menzion, se sintió fuertemente atacado de la gota, y no tuvo más remedio que confiar á un piloto la vigilancia que él tenia.

De pronto llegó á sus oídos hácia el lado del Sur un ruido aterrador.

Olvidándose de sus dolores, abandonó su camarote para subir á cubierta, y llegó á tiempo en que el mar, levantándose y formando una escrespada sierra, en la que la espuma reemplazaba á la lluvia, se precipitaba con un ímpetu con una furia horrible, hácia su embarcacion.

Hubo un instante en el que se creyó perdido el almirante.

Su misma carabela, oscilando violentamente por aquel inesperado empuje, se elevó á tal altura, que Colón y todos los marineros, cerrando los ojos y encomendándose á la Providencia, creyeron segura su muerte.

Tal vez les esperaban al caer las escarpadas rocas en donde el mar iba á labrar su tumba.

Comprendiendo Colón los inminentes peligros que le rodeaban, dispuso al día siguiente que partiesen los botes y sondeasen la Boca de la Sierpe, con el objeto de averiguar si podrian pasar fácilmente por ella las embarcaciones.

La respuesta de los marineros no se hizo esperar, y fué favorable.

Colón se hizo á la vela, pasó aquel estrecho y no tardó en hallarse en una mar tranquila.

A su izquierda se extendia el extenso golfo, conocido en la actualidad con el nombre de Golfo de Paria, nombre que le daban los indigenas.

La tranquilidad del agua le hizo creer que no pertenecía al mar, y se convenció de esto probándola.

Era agua dulce.

Hácia el Noroeste de la isla divisó una montaña, y navegó hácia ella.

Poco despues descubrió dos elevados promontorios: el primero en la isla de la Trinidad, y el otro en el Cabo de Paria.

Ignorando Colón que pertenecía á una misma isla le dió el nombre de isla de Gracia.

Un estrecho, mucho más peligroso que la Boca de la Sierpe por estar rodeado de rocas, en las que se rompía la corriente, apareció á su vista.

Púsole el nombre de Boca del Dragon, y para evitar los escollos viró al Norte, siendo su ánimo buscar por aquel camino la alta mar y llegar á la isla Española.

La costa que tenia á su izquierda ofrecia muchos y cómodos puertos.

La campiña era en extremo risueña, y de cuando en cuando veía árboles frutales y espléndidos bosques, regados por caudalosos ríos.

Cuanto más adelantaba, más dulce y más clara era el agua.

Pero por más que hacia para enterarse de las condiciones de aquel terreno por los naturales del país, ménos lograba descubrirlos.

El día 6 de Agosto mandó arrojar el ancla en un paraje en donde vió mayores muestras de cultivo que en los demás que habia recorrido, y una vez allí, envió las lanchas á la playa.

Pero aunque encontraron huella de seres humanos, no les fué posible descubrirlos, razon por la cual volvieron á las carabelas y continuaron el camino hácia Occidente, entrando en un pequeño espacio, en el que se detuvieron.

Allí les sorprendió la aproximacion de una canoa con cinco indios, y se acordó apoderarse de ellos tendiéndoles un lazo, á fin de que satisficieran la curiosidad del almirante.

Los indios se dirigieron á la carabela más próxima, poseidos de una viva curiosidad.

El capitan, simulando deseo de acompañarles hasta la playa, saltó á la canoa con algunos marineros, y sorprendiéndolos, los aprisionó.

Inmediatamente fueron conducidos á la carabela del almirante.

Los pobres indígenas estaban asustados.

Creian que habia llegado su última hora, y todo indicaba en su semblante un profundo terror.

No tardó Colon en disipar este miedo.

Tratándoles con la mayor amabilidad, manifestó

que, si se habia apoderado de ellos, era para quitarles el recelo que tenian y colmarlos de regalos.

Les dió cuentas de vidrio, espejos, cascabeles y otros objetos, y los mandó en seguida á la playa, tranquilos y confiados ya, para que refriesen á sus compañeros la benévola acogida que les habia dispensado, y fuesen éstos á darle los informes que deseaba.